

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**

**EL PIANISTA QUE
SABÍA DEMASIADO**

Ana Campoy



edebé

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**

EL PIANISTA QUE SABÍA DEMASIADO

Ana Campoy



edebé

© Ana Campoy, 2012
© Ed. Castellana: edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas e ilustraciones: Álex Alonso

Primera edición, octubre 2012

ISBN 978-84-683-0702-2
Depósito Legal: B. 00000-2012
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Manuela Ogalla Suárez,
mi abuelita Miller.*

AGRADECIMIENTOS

A Javier Fonseca García-Donas, compañero escritor y gran amigo, que me contagió su pasión por los hermanos Marx. Gracias por suministrarme tanto conocimiento y, sobre todo, por tu ejemplo.

A Pep Gorgori y Ana Peral, músicos expertos. Gracias por vuestras lecciones de teoría musical que han enriquecido tanto esta historia.

A Rosa Soria, Mery Varona y Laura García, porque han estado desde el principio.

A Elvira Lindo, que con su prólogo en «Harpo habla» me sugirió la idea de que Harpo estuviera presente en esta historia.

Al gran Salvador Arias, escritor, maestro de actores y leyenda del teatro. Sus enseñanzas fueron tan importantes que marcaron las vidas de sus alumnos, y de algún modo pululan entre las frases de este libro. No encuentro otra forma mejor de darle las gracias, allá donde se encuentre.

A Carlos G. Fabregat, alias «Minipoe», cuya ilusión me colma de energía para seguir escribiendo estas aventuras. Él ha sido y será siempre el primer fan.

A la Sociedad del Platito, que se ha convertido en el apoyo que cualquier autora necesita para seguir adelante con sus proyectos. Gracias, miembros.

Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo | 7 |
| 1. La Medalla del Ciudadano..... | 17 |
| 2. La tierra de las oportunidades | 29 |
| 3. Preparativos de viaje | 49 |
| 4. Llegada a Nueva York | 67 |
| 5. Una extraña enfermedad | 81 |
| 6. Pánico en la escena | 99 |
| 7. La partitura maldita | 123 |
| 8. Hacia el sur de la ciudad | 141 |
| 9. Un crimen perfecto | 155 |
| 10. Cena en casa de los Marx | 181 |
| 11. El delfín de la compañía..... | 199 |
| 12. La Belladona..... | 215 |
| 13. La pieza que faltaba..... | 225 |
| 14. Toda una sorpresa | 241 |
| 15. La última función | 263 |
| 16. El asesino del piano..... | 279 |
| Epílogo | 305 |
| ¿SABÍAS QUE...? | 315 |

Prólogo

Harpo pateó el suelo y los listones del escenario vibraron bajo sus pies. Acababa de comenzar su canción, la única un poco animada en su breve repertorio, pero parecía que aquella noche tan sólo las moscas del teatro fueran a hacerle caso.

Su actuación comenzaba con un pequeño número de baile, un difícil juego de pies que le había costado más de una semana aprender. Acompañaba el zapateado con la ayuda de la armónica, que afinaba una alegre melodía muy apropiada. Pero era inútil. Los escasos espectadores que salpicaban las butacas del teatro se comportaban como muñecos de cera.

El muchacho miró hacia el interior del escenario y una silueta gruesa le distrajo por un instante. Se trataba del director Strudel, el dueño del teatro, que no parecía estar muy contento con el escaso éxito de su actuación. El hombre acababa de cruzarse

de brazos detrás de la cortina y miraba al chico con una cara demasiado seria como para tratarse de una broma.

Harpo sintió un sudor frío que comenzó a empañarle la camisa. Soltó la armónica y elevó la mano intentando seguir la coreografía. La sombra de sus cinco dedos se proyectó sobre la cara y eso le sirvió para centrarse en lo que estaba haciendo y proseguir con la canción.

Tal vez si continuaba su espectáculo ayudado por el piano conseguiría despertar a alguno de los espectadores. Su sonido era más fuerte y mucho más animado. Así que cuando el estribillo de la canción estaba a punto de comenzar, el chico se dirigió hacia el centro del escenario, saltó sobre el taburete de madera y comenzó a interpretar los alegres versos de la pieza con toda la pasión de su garganta.

En aquel teatrúcho muerto de sueño hacía falta una buena dosis de energía y Harpo aporreó las teclas con ilusión. Su madre le había advertido que con sonreír no era suficiente. Había que seducir al público, llevarlo hasta el interior del corazón para darle una vuelta por las tripas y hacerle sentir lo que un actor llevaba dentro. Para que así, cuando el

paseo hubiera terminado y el espectador volviera a su butaca después de caer el telón, sintiera que aquel viaje no había sido suficiente. Y entonces tendría ganas de volver.

Harpo entonaba la melodía con toda la fuerza de sus pulmones. Intentaba no desafinar mientras miraba de reojo al señor Strudel, que, lejos de ocultarse, había empezado a hacerle unos gestos exageradísimos. A pesar de su buena intención, parecía que el esfuerzo no iba a ser suficiente. Y deseó que los segundos que quedaban de canción se le hicieran lo más cortos posible encima del escenario.

Sólo le restaba rematar los últimos compases de la pieza. Harpo emitió sus gorgoritos finales con una voz demasiado desafinada y, tras levantarse del piano a toda velocidad, se despidió con una reverencia a la que sólo un par de silbidos prestaron atención. Después corrió a ocultar su fracaso tras la cortina del escenario.

—¡Maldita sea, Marx! —exclamó el director Strudel una vez que Harpo franqueó el telón de fondo—. ¡Es usted un actor de primera fila!

Al oír aquellas palabras un hilo de esperanza se ató al corazón de Harpo. Puede que su improvisación

cantada hubiera agradado al director Strudel, y que en el fondo éste comprendiera que aquel fracaso con los espectadores no era culpa suya.

—¿En serio, señor? ¿Le ha gustado mi canción?

La cabeza del director Strudel se giró hacia el chico con una mirada furibunda.

—¡No, señor Marx! —rugió con evidente enfado—. Me refería a que sólo la primera fila puede oírle. O eleva ese tono de voz de una vez por todas o la próxima vez saldrá de este teatro a patadas.

Las rodillas de Harpo comenzaron a temblar. No había un muchacho en toda Nueva York que deseara más tener contento a su jefe. Sobre todo porque hacía unas cuantas semanas que su hermano le había recomendado. No podía dejarle en evidencia, aunque sus escasas dotes no fueran suficientes.

Por fortuna el señor Strudel no tenía tiempo para más regañinas. Dio media vuelta y se dispuso a presentar a Emma, la intérprete que debía salir a continuación. La muchacha había visto la pobre actuación de Harpo desde las bambalinas y esperó a que el director Strudel saliera a escena para guiñar un ojo al chico.

—Tranquilo, Harpo —dijo revolviendo su pelo rizado—. La próxima vez irá mejor, no te preocupes.

El chico admiró la sonrisa de Emma y lamentó no ser su sirviente para siempre. Aquella joven bondadosa le había tratado muy bien desde que él llegó a la compañía. Había sido el único apoyo de Harpo en su corta y malograda carrera.

—Lo siento —dijo el muchacho bajando la cabeza—. Después de este desastre nadie querrá escucharte. He arruinado tu actuación.

—No te preocupes —contestó Emma mostrándole su partitura—. Tengo un as en la manga. Va a ser infalible, ya lo verás.

La joven recolocó el cuello de su vestido y se palpó el peinado. Su rostro se volvió muy serio, como si toda la concentración que necesitaba se hubiera llevado la alegría que había en él. Luego, dio un paso al frente, respiró hondo y se adentró en la inmensidad del escenario asiendo con fuerza su partitura.

Harpo se cruzó de brazos y confió esperanzado en que ella arreglara el estropicio. Emma era un bello pájaro cantor que nunca defraudaba a su público. De hecho, muchos de los asistentes pagaban la entrada del teatro tan sólo por ver su actuación. No era

especialmente bella, pero desbordaba talento. No era justo en absoluto que se conformara con actuar en un pobre espectáculo de vodevil.

El chico se aferró al telón polvoriento y buscó el agujero por el que solía curiosear las otras actuaciones. Sentada al piano, Emma acababa de desplegar su partitura y daba inicio a la pieza. Una canción ligera que comenzó a despertar a las filas de espectadores adormilados.

—Canta como los ángeles, ¿verdad que sí?
—susurró una voz madura justo al lado de Harpo.

El muchacho se sintió como si le hubieran leído el pensamiento. Pero no le sorprendió en absoluto: el señor Sebastian, el hombre que acababa de hablar, poseía muchas cualidades, algunas de ellas a buen seguro que ocultas. Sebastian era el ventrílocuo de la compañía, y su espectáculo consistía en crear voces imposibles para que su inseparable marioneta, el señor MacGuffin, pudiera expresarse sin tapujos. La gente se moría de la risa cada vez que el muñeco intervenía. Todos disfrutaban con sus bromas, a pesar de que el único truco era la impresionante pericia de los labios del señor Sebastian, que se movían en secreto, sin que el público se diera cuenta.

El hombre acababa de bajar las escaleras de los camerinos trayendo a su muñeco consigo. Era un anciano con un aspecto algo ajado, aunque entrañable. Y se asomaba por una rendija de la cortina, mirando embelesado las grandes dotes melódicas de la mejor actriz de la compañía.

—¿Qué le ha sucedido esta noche, señor Marx? —preguntó Sebastian dejando caer la cortina para concentrarse en el problema que abrumaba a Harpo.

—No lo sé... —contestó el chico—. Supongo que lo mismo que el resto de las noches. No consigo hacerme con el público.

—Se exige demasiado a usted mismo —observó el ventrílocuo. Y elevó la mano derecha para levantar al señor MacGuffin, que afirmó con la cabeza.

Harpo sonrió al ver moverse a la marioneta. Sabía que Sebastian era el responsable de manejarla por dentro, pero era como si la fantasía de que el muñeco cobrara vida pudiera convertirse en algo real.

—Los dos creemos que debería usted cantar más alto, ¿no es cierto, señor MacGuffin?

El muñeco volvió a asentir ante el consejo de su dueño. Y sus mechones de cabello natural despidieron una nubecita de polvo.

—No creo que sea eso —contestó Harpo mirando a los dos al mismo tiempo—. Mi voz es horrible, chillona, no sirve para ser un buen cómico. Y supongo que no hay remedio para eso.

El señor Sebastian asintió y sus ojos sonrieron. Giró la cabeza y su mirada se cruzó con la del señor MacGuffin, que sacudió los hombros y comenzó a menear su cabecita de cartón.

—Entonces, ¿por qué continúa intentándolo? —preguntó.

Harpo desvió su mirada y observó de reojo a Emma por el agujero del telón. Se la veía disfrutar con su trabajo. Estaba realizando una interpretación digna de una artista de Broadway, y el chico supo que cualquiera de los compañeros que cada noche se subían a aquel escenario comprendería los motivos de desear ser bueno en su actuación. Pero no contestó.

—¿Cree que Emma llegó a este mundo interpretando así ante el piano? —continuó el señor Sebastian mirando fijamente al chico—. Ningún artista nace sabiendo, cada uno ha de encontrar su propio camino. Así las malas noches llegarán a convertirse en grandiosas.

El muchacho asintió. Tal vez no se tratara más que de una mala racha. Y vio cómo Sebastian volvía a mostrarle al señor MacGuffin, que elevaba una de sus manitas al frente y la plantaba ante sus narices.

—Prométale al señor MacGuffin que su próxima actuación será mucho mejor que la de esta noche —exigió el señor Sebastian.

Los ojos brillantes del muñeco le observaban como si un alma verdadera se hubiera apoderado de aquel trozo de cartón y fieltro. Harpo pensó que ésa era la mejor actitud que podía tomar si quería continuar siendo un integrante de aquella compañía. El teatro formaba parte de su vida, y no debía amedrentarse por una mala noche, así que decidió que debía estrechar el bracito del señor MacGuffin y dejar marchar todos los malos pensamientos.

Sacó su mano del bolsillo y la dirigió al frente, decidido a intentarlo. Pero de repente un chillido desgarrado interrumpió el sello del acuerdo. La música había cesado, y comenzaron a oírse gritos y llamadas de auxilio. Sebastian bajó al señor MacGuffin, y toda la fantasía que se había creado alrededor del muñeco se desvaneció como por arte de magia. Harpo también sintió que volvía al mundo real cuando se giró

intentando ubicar los gritos, que provenían del patio de butacas.

Miró al señor Sebastian y ambos recorrieron el telón de fondo, justo a tiempo para ver cómo los espectadores se habían levantado de sus butacas y gritaban alarmados. Y cuando el chico creía que el humo o las llamas podrían estar a punto de devorarlos, sus ojos se toparon con el horrible motivo de tanto desconcierto: sobre el suelo del escenario, el cuerpo inerte de Emma deliraba, tras haberse derrumbado a los pies del piano.

Capítulo 1

La Medalla del Ciudadano

Cuando Morritos vio los copos de nieve que comenzaban a caer al otro lado de la ventana, pensó que era una perra afortunada. No sólo por encontrarse en una habitación caliente que la resguardara de aquel frío de diciembre, sino porque ser invitada a uno de los despachos más lustrados de toda la ciudad no era precisamente una tontería.

El comisario Churchill, un viejo amigo, acababa de ser ascendido a Inspector Jefe. Su meticulosidad y la calidad de su trabajo no habían pasado desapercibidos para sus superiores, así que el Jefe de Policía de Londres había decidido premiar sus logros obsequiándolo con un puesto de más responsabilidad. Churchill había tenido que despedirse de la pequeña comisaría en la que llevaba destinado toda la vida para iniciar una nueva etapa en un ostentoso despacho. Y en cuanto estuvo instalado, decidió que era muy urgente que Alfred, Agatha y Morritos

acudieran a verlo. Había algo muy importante que debía comunicarles.

Los chicos y la perrita estaban entusiasmados ante aquella invitación, aunque llevaban más de dos días intrigados. Ninguno acertaba a adivinar lo que el señor Churchill se traería entre manos. El inspector los había convocado a una reunión en Scotland Yard, sede de su nuevo despacho. Y dejando aparte la celebración de su reciente ascenso, ni Alfred ni Agatha podían imaginar el porqué de tanta ceremonia.

—Me sorprende que los miembros de la mejor agencia de investigación de Londres no sean capaces de adivinar el motivo de esta visita —indicó Churchill una vez que los niños y la perrita estuvieron correctamente aposentados.

Agatha miró sorprendida a Alfred y a Morritos. Desde que decidió a fundar Miller & Jones, su afamada agencia de detectives, ninguno de los misterios que se le habían presentado habían quedado sin respuesta. Pero en aquel momento se sentía absolutamente fuera de combate.

—Supongo que sabrán que mi ascenso ha sido la consecuencia de años de trabajo y de esfuerzo por encontrar la verdad— Churchill infló su pecho muy orgulloso.

Alfred estaba de acuerdo. Desde que conoció a Churchill, sabía que pasaba largas jornadas tratando de meter entre rejas a todo el que tuviera algo de lo que responder ante la ley. Alfred aún recordaba la vez que su padre, el señor Hitchcock, le castigó a ser encerrado en una de las celdas de la comisaría, y cómo el comisario Churchill había cumplido el encargo a pesar de tratarle bien. El chico sonrió al evocar aquel recuerdo lejano, pues si no hubiera sido por aquel castigo, no habría tenido la suerte de encontrar a Agatha y a Morritos. Y sus aventuras nunca habrían comenzado.

—¿Qué tal se encuentra su padre, señor Hitchcock? —añadió el inspector Churchill al ver que Alfred se había quedado un poco distraído.

—Estupendamente —contestó el niño sorprendido de que Churchill hubiera adivinado sus reflexiones—. Aunque últimamente está demasiado atareado en la tienda. Las Navidades están al caer y ya sabe...

—Entiendo —afirmó el inspector guardando para sí sus misteriosos pensamientos. Después se levantó de su enorme sillón de cuero y avanzó hacia el fondo de la estancia.

Agatha echó una ojeada al lujoso despacho. La sala era casi tan amplia como un jardín. Y al fijarse en la estantería que decoraba la pared, observó que estaba casi vacía, pues las pocas pertenencias que Churchill había traído de su antiguo puesto apenas completaban la mitad de la librería. No parecía que hubiera tardado mucho en hacer el traslado.

El recién nombrado inspector abrió un cajón de una pequeña cómoda y extrajo algo parecido a un sobre. Los niños, que seguían igual de sorprendidos que al inicio de la conversación, volvieron a mirarse extrañados. Churchill avanzó hacia ellos convencido de que sus palabras no iban a defraudarlos.

—Espero que su padre sepa encontrar un poco de tiempo para reunirse con nosotros dentro de una semana —sonrió con una mirada cómplice.

Alfred no acertaba a adivinar qué tendría que ver su padre con aquella visita, y una especie de temor comenzó a revolverle el estómago. Esperaba que todo eso no se debiera a un nuevo intento de castigo. El inspector, al ver la expresión de alarma del chico, decidió que ya era hora de revelar de una vez por todas el misterio, y alargó el sobre a los niños.

—Es un gran honor comunicarles que, debido

a los servicios que la agencia de investigación Miller & Jones ha prestado a la ciudad, el Jefe de Policía de Londres y yo mismo hemos decidido recompensarlos.

Agatha tomó el sobre y lo abrió de inmediato mientras los dos rabillos de Morritos comenzaron a agitarse de emoción.

Churchill continuó explicándose:

—La honorable institución de Scotland Yard, a la cual pertenezco desde hace sólo unos días, ha decidido otorgarles una condecoración en agradecimiento por sus valiosas aportaciones. El acto tendrá lugar la semana que viene y los tres la recibirán de manos del Jefe de Policía en persona.

Morritos comenzó a ladrar y se puso a dar vueltas sobre sí misma. Alfred y Agatha también se levantaron de sus asientos y gritaron de júbilo. Hubiera sido imposible guardar la compostura ante aquellas maravillosas noticias. Pues así era, el contenido del sobre lo atestiguaba: el Jefe de Policía de Londres, la mayor autoridad de la institución de Scotland Yard, les agradecía sus aportaciones y se comprometía a entregarles la Medalla del Ciudadano. Un honor que muy pocos elegidos habían logrado obtener.

Al ver cómo los niños celebraban las noticias, Churchill se cruzó de brazos y sonrió orgulloso. Sabía que aquella información era para ellos toda una sorpresa.

—¡Pero esta medalla la recibe muy poca gente! —exclamó Agatha tras tranquilizarse y volver a su asiento—. Mi vecino, el señor Doyle, tiene una, pero la ganó tras muchos años de colaboraciones.

—Sir Arthur Conan Doyle es uno de nuestros premiados más ilustres, así es —confirmó el comisario—. Y también es cierto que tardó mucho más tiempo que ustedes en obtenerla. Sin embargo la ayuda de su agencia ha sido importantísima para resolver muchos asuntos. Y sinceramente, señorita Agatha, es lo mínimo que puedo hacer tras un ascenso como éste, en el que, seamos francos, sus aportaciones han sido imprescindibles.

Agatha miraba embelesada al inspector Churchill, casi como si sus palabras fueran algo irreal. Era increíble que aquello estuviera sucediendo. Ni habría soñado con algo parecido cuando fundó la agencia. Al principio, Morritos y ella habían empezado casi por entretenerse, como si se tratara de un juego. Pero cuando sus deducciones fueron cada vez más efica-

ces, y sobre todo cuando Alfred se cruzó con ellas de forma casual, las investigaciones de Miller & Jones se habían visto inmersas en casos cada vez más serios. Hasta el punto de resolver misterios que casi daba miedo recordar.

El inspector regresó con parsimonia hasta el sillón de su mesa de despacho y depositó su enorme trasero sobre el asiento de piel. Una pila de papeles esperaba sobre la mesa a ser revisada, y Agatha supuso que aquel puesto de tanta responsabilidad conllevaría también una gran carga de trabajo.

—Aún no nos ha contado nada de su ascenso —dijo maravillada ante la decoración del nuevo despacho—. ¿Es tal y como esperaba?

—La verdad es que aún no he tenido tiempo para amoldarme al cambio —contestó Churchill—. Pero creo que a partir de ahora voy a pasar muchas horas trabajando.

—¿De veras? —Agatha aplastó sus dedos blancos sobre la mesa—. ¿Algún caso misterioso sin resolver?

Churchill miró a la niña con pericia y una sonrisa se dibujó en sus labios. Sabía que Alfred y Agatha se alegraban de su nuevo ascenso casi tanto como él,

pero también era consciente de que la curiosidad de la niña no tenía límites. El hecho de que él ocupara un cargo de Inspector Jefe dentro de la institución más importante en la lucha contra el crimen suponía para Agatha una emoción sin precedentes. Así que dejó pasar unos segundos sin contestar, justo lo necesario para que la niña comenzara a impacientarse.

—Lo cierto es que esta mañana me han encomendado mi primer caso —susurró al fin el inspector—. Se trata de algo muy extraño y peliagudo. Un asunto delicado que, dada su importancia, he de llevar con discreción.

—Por supuesto, inspector Churchill —contestó Agatha bajando la barbilla. No había estado bien intentar sonsacar información. Su extrema curiosidad podía haber puesto al inspector en un compromiso.

El hombre esperó a que la niña guardara silencio y a continuación empezó a carcajearse mientras miraba con complicidad a Alfred.

—Señorita Agatha, ¿era una broma! ¡Los detalles de mi caso ya los conoce medio Londres!

La niña no supo cómo disimular su vergüenza. Churchill tan sólo había pretendido ponerla en un aprieto. Le daba rabia darse cuenta de que a veces

las personas le tomaban el pelo. Su exquisita educación solía jugarle malas pasadas, cosa que siempre le hacía morir de la vergüenza. Viendo que todo era un truco del inspector Churchill para divertirse, dejó a un lado su poco sentido del humor para interesarse por aquel caso tan importante, del que al parecer media ciudad, entre la cual ella no se encontraba, estaba ya enterada.

—¿Qué ha sucedido, inspector Churchill?

El inspector desplegó un ejemplar del *Times* ante ellos y se incorporó sobre su mesa.

—Se trata de Sarah Bernhardt, la famosa actriz. Ha desaparecido de forma misteriosa.

—¡¿Sarah Bernhardt?! ¡Eso es imposible! —exclamó Agatha mirando al inspector con desconfianza—. No será otra de sus bromas...

—No, señorita Agatha, esto no es una broma —contestó el inspector mostrándoles el periódico—. Miren. Esta mañana la prensa ha dado la noticia, aunque nosotros ya estábamos enterados desde ayer.

DESAPARECIDA

*La gran Sarah Bernhardt, buscada
por la policía*

Alfred se acercó para mirar la portada y al verla se quedó de la misma manera que si no hubiera leído nada. No sabía quién era esa tal Sarah Bernhardt, ni por qué Agatha se había sorprendido tanto al enterarse. Quizá aquello se debiera a que él no había ido mucho al teatro ni a la ópera. Por no decir nunca. Aunque Agatha, que procedía de la zona más elegante de Londres, seguro que sabría aclarárselo.

—Sarah Bernhardt es una actriz muy importante —explicó la niña—. Podría decirse que la mejor de todos los tiempos. De hecho fue la primera que fundó su propia compañía en Francia y que comenzó a hacer giras por todo el mundo. Además, es dueña de varios teatros. Es toda una leyenda.

—Así es —continuó Churchill—. La gran Sarah Bernhardt llevaba dos meses afincada en Londres supervisando las obras de su nuevo teatro. Y hace dos días que nadie sabe nada de ella, ni siquiera su doncella. La muchacha nos llamó alarmada al ver que la señora Bernhardt llevaba dos noches sin regresar a casa. Sus maletas siguen en su armario, no hay signos de movimiento por ningún lado. Es... como si se la hubiera tragado la tierra.

—Qué extraño... —musitó Alfred—. Supongo que tendrá que interrogar a los vecinos por si hubo algún movimiento.

—Lo hicimos —confirmó Churchill—. Nadie vio nada extraño. Salió de casa el sábado por la mañana y ya no regresó. También hemos preguntado a los obreros del teatro, pero ninguno ha sabido aportar nada interesante. Se está convirtiendo en un caso complicado...

Agatha imaginaba la inquietud del inspector Churchill. No sólo se trataba de resolver el caso, cosa que representaba una prioridad para él, sino que también debía demostrar que su nuevo ascenso era bien merecido. Y puede que aquello le añadiera presión al asunto.

El inspector vio el rostro de preocupación de la niña y le quitó importancia.

—Vamos, no se inquiete. Estoy convencido de que daremos con su paradero. Con todos los casos resueltos que llevo a mis espaldas, seguro que éste es pan comido —dijo levantándose del asiento para despedirse de los niños.

Morritos saltó de la silla y avanzó por la estancia hasta reunirse con sus amigos.

Agatha no sabía cómo darle las gracias a Churchill por todo lo que había pasado. No sólo por incitar al Jefe de Policía para lo de la Medalla del Ciudadano, sino porque el hecho de que el inspector confiara en ellos para relatarles parte de la investigación la colmaba de gozo. Para una humilde detective como ella era un honor codearse con personalidades de tal calibre, y más si éstos le confesaban sus deducciones.

La niña avanzó junto a Alfred y Morritos hacia la puerta y tomó su abrigo del perchero. Fuera hacía bastante frío y era necesario que los tres se abrigaran bien antes de salir a la calle. Cuando estuvieron listos, echaron un último vistazo al inspector, que ya había tomado el primero de los expedientes y se disponía a seguir con su trabajo.

—Por favor, ya sabe que si necesita cualquier cosa... —se ofreció Alfred antes de salir por la puerta.

El inspector levantó la mirada del expediente y volvió a sonreír con la misma admiración con que lo había estado haciendo durante toda la visita.

—Gracias, señor Alfred. Sé de sobra que puedo contar con ustedes. Van a recibir una Medalla del Ciudadano. Así que no dude que requeriré sus servicios en caso de que sea necesario.